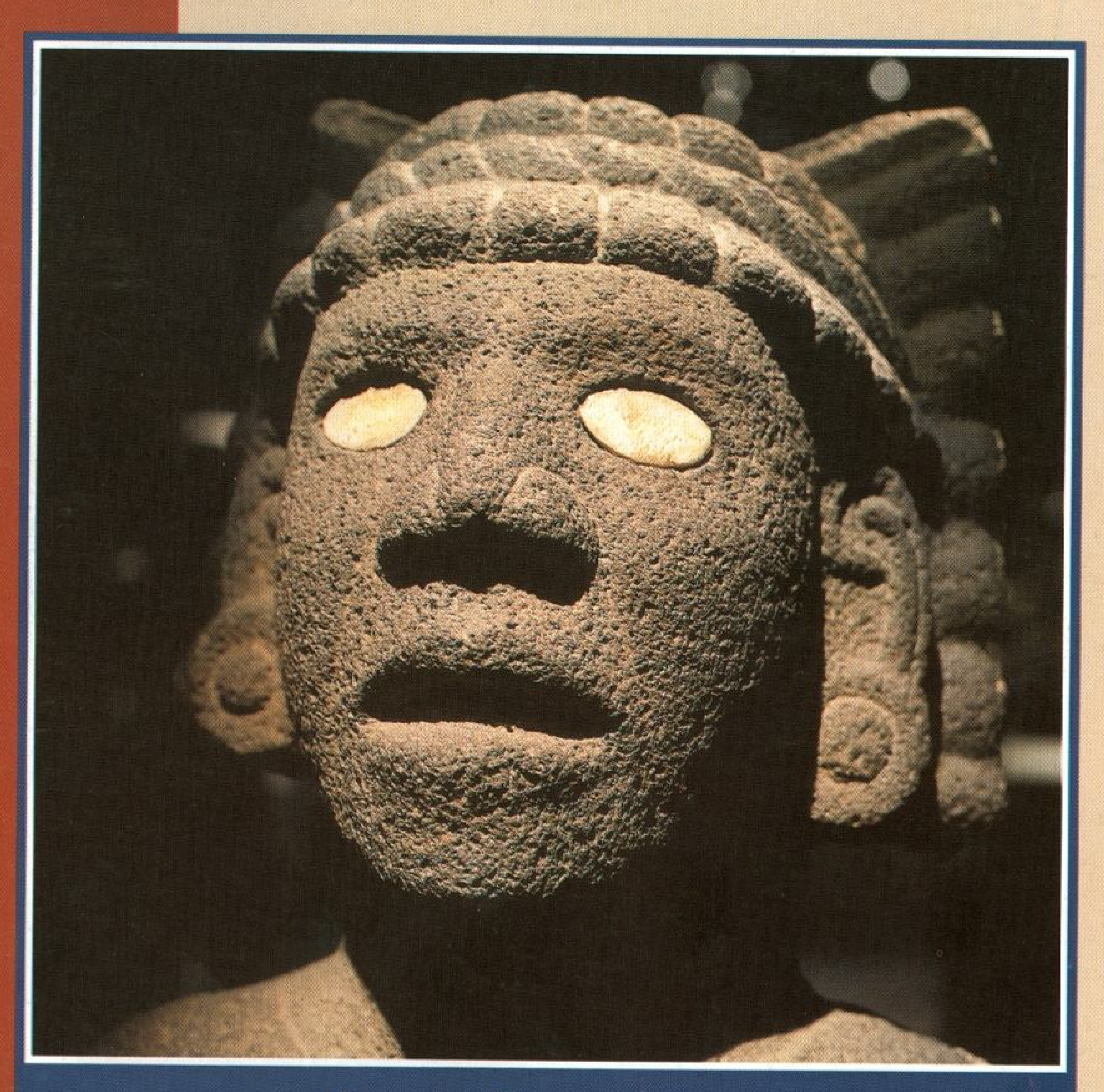
Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Los Aztecas

Manuel Ballesteros y Miguel León-Portilla

36

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-36443-1995

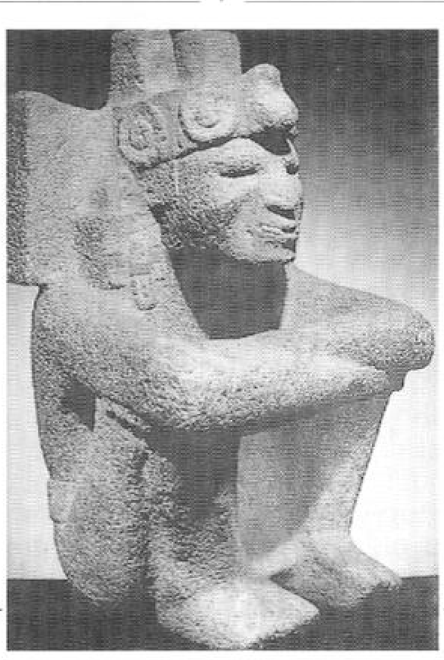
Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas.,
sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



Detalle de una escultura azteca hecha en piedra volcánica (portada). Representación de Xiuhtecuhtli, dios del fuego (izquierda)



Tláloc, dios de la lluvia, en una pintura del *Códice Ixtlilxochitl*, siglo XVI)

Una civilización guerrera

Manuel Ballesteros Gaibrois
Catedrático de Historia de América Prehispánica.
Universidad Complutense de Madrid

Puede afirmarse con seguridad que del pueblo azteca sólo tenemos certeza histórica de los hechos de un siglo antes de la llegada de Cortés y sus hombres a las costas del golfo en donde hoy está situada Veracruz. Todo lo anterior se debate entre las nieblas del mito y las certezas objetivas de la arqueología. Parece como si los pueblos del Anahuac (el lugar donde hay agua = lagunas) se empeñaran voluntariamente en cruzar las pistas que ha de seguir el investigador para averiguar de dónde vinieron, por dónde entraron y cuándo sucedió todo esto. Mezclan su propia historia de tribu con la de los otros pueblos con ellos emparentados lingüísticamente.

Ellos se llamaron a sí mismos *nahua,* porque hablaban el *nahuatl,* pero cuando narran su propia historia, se dan varios nombres, siendo el principal el de *mexica,* como pueblo, o el de *azteca* «hombres de Aztlán», lugar o provincia a la que pertenecieron cuando eran parte del Imperio *tolteca* y como estirpe los *tenochcas* o seguidores del caudillo Tenoch. Pero también narran que en un tiempo fueron *chichimecas* o pueblos cazadores, lo que hace referencia a su etapa de emigrantes. También se dieron el nombre —pero por presunción de pertenecer a una estirpe ennoblecida— de *culhúas,* haciendo referencia, como se verá, a Culhuacán. De esta intrincada maraña de nombres, que hacen memoria de etapas de su peregrinar y establecimiento, no se podría salir sin la esclarecedora ayuda de la lingüística. Veamos cómo.

Los lingüistas no son historiadores, sino que éstos sacan sus conclusiones de las informaciones que aquéllos les dan. Los lingüistas han establecido, después del estudio minucioso de todos los dialectos e idiomas desde México hacia el norte, que la lengua nahua tiene parentesco con indígenas muy septentrionales, estableciendo así la gran familia *yute-azteca,* integrada por gran número de lenguas. Los *ute* o *payute* estaban situados en la zona del gran Lago Salado, junto al desierto de Utah. Grupos emigrantes de esta zona se fueron desplazando hacia el suroeste, para emprender luego la ruta suroeste-sur-este, dejando grupos de dialectos emparentados. Emigración lenta, de siglos, en que van cazando o aprendiendo rudimentariamente prácticas agrícolas, pero sin perder las lenguas originales, más o menos diversificadas en dialectos. Hay, pues, un flujo, quizá desde el siglo VIII de la era cristiana, de pueblos que buscan zonas más benignas. En este estado emigratorio todos son *chichimecas,* cazadores y depredadores.

La derivación general hacia el sur produce diversas oleadas, la más importante antes de los atzecas es la que después se denominará *tolteca,* no por su procedencia, sino porque fundan la ciudad de *Tollan,* desde la cual, levantando templos a su dios *Quetzalcoatl* («serpiente emplumada» o «de plumas»), unifican todas las tierras, desde el actual norte de México hasta la zona central de las múltiples lagunas, o *Anahuac*). Pero estas primeras oleadas ya eran *nahuas* y el hecho de que se den diversos nombres a cada una de las tribus emigrantes no quita que todos fueran étnicamente hermanos y hablaran una misma lengua, o dialectos derivados de ella. Esto explica que las tradiciones emigratorias, que luego los aztecas atribuyen a ellos solos, sean en realidad comunes a todos los invasores o bárbaros del norte.

El origen, pues, de los aztecas está íntimamente ligado con el de las emigraciones de pueblos *—nahua* y vecinos desde las sequedades del desierto de Utah hasta la meseta y valle de México. El que los aztecas llegaran a ser un pueblo importante, una verdadera nación y un Imperio, dificulta discriminar qué es lo que corresponde concre-

tamente a ellos. Lo dificulta porque para servir —ante los propios miembros de la comunidad— a la gloria del Imperio, los sacerdotes, que impartirían sus enseñanzas en los *calmecaque,* o escuelas, y redactaban los libros pictográficos, incorporaron todas las tradiciones comunes exclusivamente a su aventura nacional. Pese a ello, los investigadores han podido ir reconstruyendo las líneas generales de su historia.

Dos puntos esenciales tiene el relato de la emigración hasta su llegada al valle de México: *Chicomoztoc* y *Aztlán.* El primero como punto de partida y el segundo como lugar de donde toman el nombre de *azteca* (Az[tlan] *tecatl* = hombre de Aztlan, perdiendo el *tlan* al añadirle la terminación patronímica) y toman contacto con agricultores, aprendiendo a trabajar la tierra.

Precisar cronológicamente todos estos datos creemos, sinceramente, que será casi imposible, pero no así establecer una muy probable interpretación. Bandas vagantes de cazadores van derivando desde los desiertos nórdicos hacia el suroeste, y llegan a la región de acantilados rocosos de Nuevo México y, a semejanza de otros pueblos pariente suyos, se instalan en cuevas viviendo una existencia troglodítica, que deja huella en su memoria tribal: siete u ocho grupos —tribus— con diversos nombres según las varias tradiciones (Acolhuas, Culhúas, Chalcas, Tepanecas, Tletepozcas, Talhuicas), que seguramente responden a sus patronímicos posteriores, se asientan allí, e inician nuevas aventuras hacia el sur-este. Estas *siete cuevas,* son siete *bocas,* y de ahí la denominación de *Chicome* (siete) *oztoc* (bocas). Año probable de esta aparición de bandas cazadoras en esta región, el 1168, si hacemos caso a la cronología de las fuentes indígenas recogidas por los españoles. Pero les han precedido otros *nahua* (los *toltecas*), que habían absorbido toda la sabiduría agrícola de las poblaciones establecidas desde casi los comienzos de la era cristiana en la meseta de México —los teotihuacanos y otros pueblos— y organizado una dominación total sobre tribus y aldeas de muy diverso origen, incluidos los indígenas anteriores. Parece, según la opinión muy respetable de Paul Kirchhoff, que algunos de los nuevos invasores pudieron ser dominados por los *toltecas,* y se asentaron en diversos lugares. Entre ellos, los que luego se llamarían *azteca.* Se colocaron, como pueblo belicoso, en el centro de una laguna, en un islote central. Este lugar fue Aztlán de donde toman nombre, como se ha dicho. La idea de Krickeberg y otros de que Aztlán no existió nunca y que era proyección hacia el pasado de la situación insular de la insular México-Tenochtitlan en medio de la laguna de Telzcoco, resulta falsa ante esta acertada hipótesis. Cuando Tollan, la capital del Imperio tolteca, cae ante el empuje de los nuevos *chichimecas* o tribus bárbaras del norte, los habitantes de Aztlán se suman a ellos y entran en el valle de México hacia 1215. Aquí comienza la historia de los *mexicas* en la tierra a la que iban a dar nombre.

Las fuentes

Volvemos a preguntarnos ahora, otra vez, ¿cómo sabemos de estas historias? La pregunta puede ser contestada diciendo que las fuentes que informan conviene clasificarlas en dos grandes grupos: las indígenas y las españolas. En cada una de ellas hay que hacer los necesarios distingos. Las *indígenas* pueden ser prehispánicas o confeccionadas en tiempo de la dominación española, ya con caracteres latinos, pero en lengua nahuatl. Las primeras son las que llamamos códices, de los que se habla más adelante al tratar del arte. Son pictografías con rudimentos de escritura, ya que muchas veces unas imágenes no persiguen *ilustrar,* sino que pueden ser leídas diciendo las palabras de las figuras. Así una montaña (para lo cual tenían un signo establecido), que en azteca es *tepetl,* con un águila sobre ella *(Quauhtli),* será el modo de indicar que se trata del lugar de *Quauhtepec.* Adiestrados en las escuelas españolas —especialmente por los franciscanos— muchos indios escribieron correctamente en caracteres latinos, usando el sistema establecido por los misioneros de la correspondencia de los sonidos de la lengua azteca con los signos del alfabeto. Aparecen en pleitos —como en el caso de D. Fernando de Alva Ixlilxochitl, descendiente de los reyes de Texcoco— o para narrar la propia historia de un pueblo



Representación de un dios llevado en andas (del *Códice Ixtlilxochitl*, siglo XVI)

(tribu) o de una localidad, como el caso de la llamada *Historia Tolteca-chichimeca*, de Quauhtinchan, escrita con caracteres latinos y en la que las pictografías son ilustrativas.

Las fuentes *españolas* aún presentan también dos clases: aquéllas que —en menor número— buscan informantes de un modo activo, se hacen escribir los viejos himnos y procuran captar la totalidad de la herencia india, llegando incluso a escribirse en lengua azteca. El ejemplo más característico es el del franciscano Bernardino de Sahagún, con su *Historia de las cosas de la Nueva España*. El segundo tipo es el que tomando informes de los naturales o poniendo en castellano sus antiguas crónicas —sabidas de memoria por los ancianos y antiguos sacerdotes— escribieron historias, como el franciscano fray Toribio de Benavente o *Motolinia* y el dominico fray Diego Durán.

Como vemos, entre las fuentes indígenas y las españolas existe siempre el puente o punto de contacto de las indohispanas y las hispano-indias.

Los aztecas en el valle de México

La fecha que se da para la llegada de los aztecas es la ya indicada de 1215. Son un grupo bárbaro, pendenciero, depredador y cruel, guiado por los sacerdotes de Huizilopochtli, su sanguinario dios. Se habían ido fundando ciudades en el valle y los aztecas no hallaban acomodo en ninguna de ellas, ya que sus habitantes los repelían, por falsos y traicioneros. Es una etapa oscura, sobre la que cada fuente discrepa y también los historiadores que las han interpretado. Lo que sí parece claro es que es entonces cuando los aztecas adquieren la herencia tolteca y se van adaptando a los usos urbanos, sin un lugar fijo, empujados por unos o por otros. Algún tiempo estuvieron en Tipazán *(sitio de las serpientes)*, o en Chapultepec (seguramente *monte de las langostas* o *chapulin* en nahuatl), de donde los expulsan los xaltonecas o los culhúas, según las fuentes, hasta que buscaron acomodo en unos islotes

cercanos a la costa occidental de la laguna de Texcoco, donde ya otros nahua se habían establecido, fundando Tlaltelolco *(sitio de tierra,* de *talli,* refiriéndose a aquélla con que habían ido llenando los estrechos canales entre los islotes).

El establecimiento de los aztecas en estos islotes de la laguna fue, según la versión tradicional, en 1325 de nuestra era, pero Kirchhoff opina que fue en 1370, lo que cuadra mejor con la cronología de sus futuros jefes. A su nueva fundación la llamaron los aztecas *Tenochtitlan,* en opinión de algunos por el nombre (Tenoch) del caudillo que los guió hasta allí, o, al parecer de otros, porque significaba el *nochtli, nopal, sobre la tetl,* piedra. Esto parece lógico, pues según la tradición los sacerdotes hicieron creer a la tribu que allí daba fin su peregrinación, porque se había cumplido la profecía de que hallarían a un águila sobre un nopal, con una serpiente en el pico. La huida de los aztecas hacia los islotes parece haber tenido una causa: la persecución de *culhúas,* porque la hija de su jefe había sido sacrificada por los aztecas a su dios, desollándola viva.

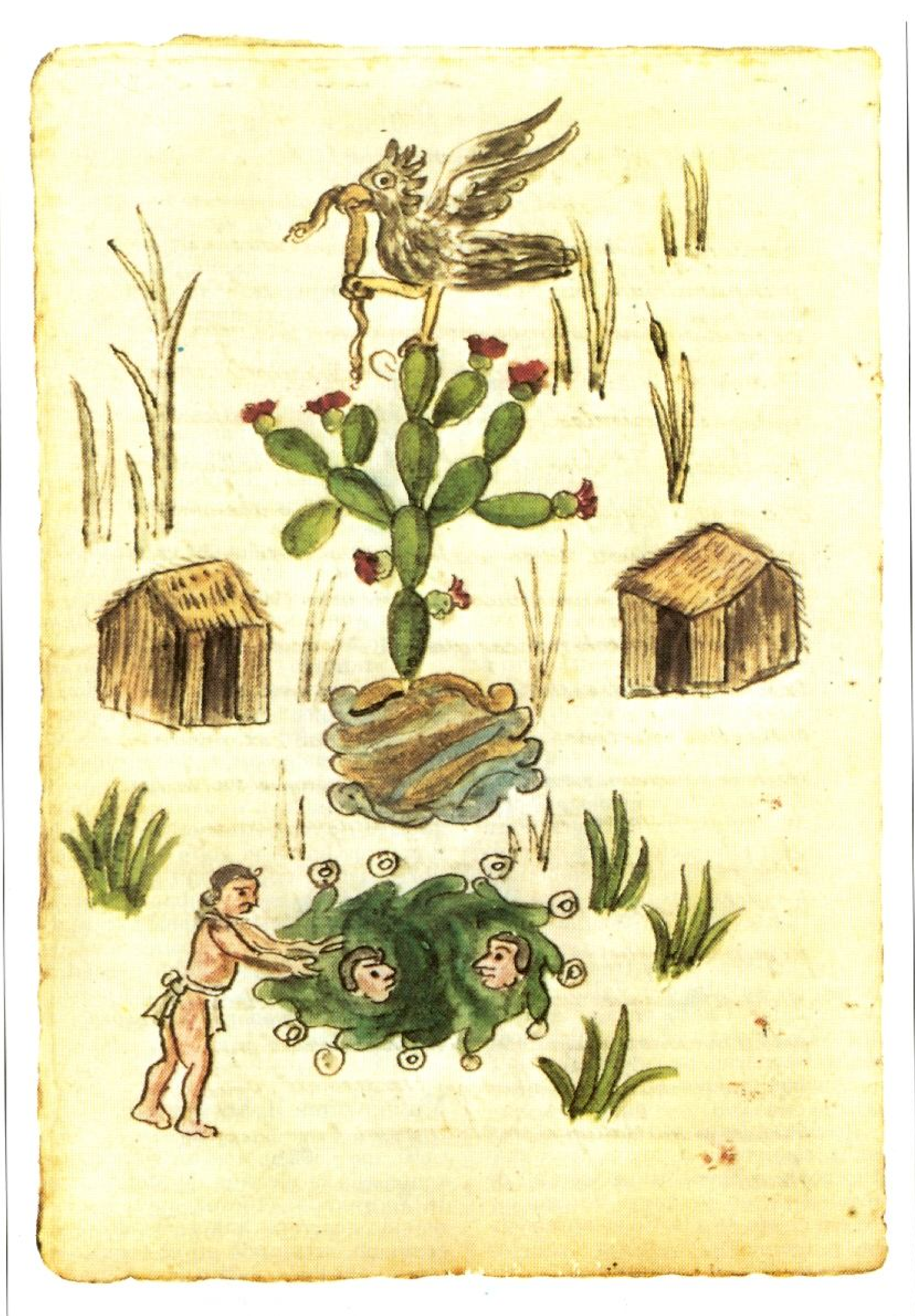
Es evidente que un pueblo hasta entonces tan miserable, pero al cual le estaba reservado un gran destino histórico, no podría mantener su relativa independencia sin una protección, y parece que ésta fue establecida alternativamente por los señores de Azcapotzalco y los de Culhuacán, los primeros *tecpanecas* y los segundos *culhúas.* Los *tecpanecas* eran sin duda los más importantes en el valle y los aztecas supieron coordinar una sumisión a los señores tecpanecas de Azcapotzalco con un establecimiento de buenas relaciones con Colhuacán, donde se habían instalado los restos de los toltecas de Tollan.

Como el prestigio de la dinastía tolteca era grande en el valle, los aztecas pidieron al señor de Culhuacán les designara un jefe de su estirpe, y así fue designado *tlatoani* —el que habla o da órdenes— de Tenochtitlan Acamapichtli, primero de la lista de *tlacatecuhtili* o jefes de hombres de la ciudad-estado. Este nuevo jefe se muestra sometido a los *tecpanecas.* Su designación en 1376 parece confirmar la reciente fundación (1370) de Tenochtitlan. Huitzilihuitl, que le sucede como *jefe de hombres*— hasta 1417— por más de veinte años, significa la consolidación de la ciudad y su crecimiento demográfico, así como un trato de igual a igual con sus vecinos, quizá porque Huitzilihuitl casó con una princesa tecpaneca, hija de Tezozomoc de Azcapotzalco. La suerte de Tenochtitlan iría vinculada a la de Azcapotzalco.

Alianzas

Muerto Tezozomoc en Azcapotzalco, se erige a sí mismo como jefe de esta ciudad Maxtla, al que llamaríamos según nuestro modo de decir usurpador, que pretende someter también a Tenochtitlan, asesinando a Chimapopoca *(escudo humeante),* sucesor de Huitzilihuitl. En 1427 inicia su actuación de *Taltoani* Itcoatl *(serpiente blanca),* que en trece años da una completa vuelta a toda la situación, gracias a la inspiración del *cihuacoatl* (o «serpiente-hembra», presidente del *tecpan* o asamblea) Tlacaelel.

Pero hagamos una breve interrupción, de carácter histórico general, relativa a la crítica que se hace a la historia como simple exposición de las gestas de los jefes. Mientras más pequeño es el pueblo, mientras sus circunstancias le obligan a una mayor cohesión interna, para autodefensa y afirmación de su identidad, mayor es el papel de los caudillos que se identifican con su mentalidad y con sus problemas. De ahí que pueda parecer que seguimos un manido y trillado camino de secuencias *reales,* y que, incluso, al referirse a los *tlatoaque* aztecas, algunos autores hablen de *reinados,* como se hace con las dinastías medievales europeas. Son las propias fuentes indígenas, sus tradiciones captadas por los cronistas españoles, las que destacan la decisiva influencia de hombres singulares en el desarrollo de la política en el valle de México y en el engrandecimiento de Tenochtitlan. Itcoatl inaugura el sistema de alianzas, en este primer caso de cuatro ciudades: Tenochtitlan, Texcoco, Cuauhtitlan y Huexotzingo. Su objetivo era combatir al usurpador y asesino de Chimalpopoca Maxtla. ¿Había un propósito oculto azteca de acabar con la preponderancia *tecpaneca*? Es muy posible, ya que entonces es cuando se inicia la grandeza de México-Tenochtitlan.



Representación alegórica de la fundación de Tenochtitlan, la capital de los aztecas, lugar sobre el que se asienta la actual Ciudad de México

La Confederación Azteca y el Imperio

Hay Imperios de nombre e Imperios efectivos. El Imperio romano existía de hecho dos siglos antes de su constitución como tal: el Imperio Sacro Romano Germanico lo fue de nombre y derecho, pero prácticamente no fue sino una verdadera confederación. Entre los aztecas se organiza una confederación, que realmente eso era el Imperio azteca de Tenochtitlan.

El resultado de la alianza cuatripartita no sólo trae la perseguida muerte de Maxtla —o Maxtlaton, en forma despectiva—, sino la ruina de Azcapotzalco y, por consiguiente, el fin de la supremacía *tecpaneca*. Hora era ya de organizar un orden nuevo, y el encargado de ello, asesorado por la asamblea de los barrios o *calpultin* (plural de *calpulli*) mexicanos, es el nuevo *tlacatecuhtli,* sucesor de Itzcoatl: Motecuzoma *Ilhuicamina,* sobrenombre traducido por unos como *rayo del cielo* o *cólera divina*, y también por *el colérico.* Este organiza una triarquía integrada por los principales vencedores —Tenochtitlan y Texcoco, representados por Motecuzoma y Nezahualcototl *(coyote hambriento)*— y la modesta Tlacopan, colonia azteca en la ribera. Está unida la confederación para la conquista, la guerra, el reparto de botines y tributos: dos quintas partes para México, dos para Texcoco y una para Tlacopan.

Los guerreros de las tres ciudades inician la salida del valle, hacia Cuauhnahuac (Cuernavaca en el decir español) y los territorios de Michoacán y de los totonacas. La riqueza de tributos, muchos de ellos en forma de prisioneros para las obras públicas y para las grandes fiestas con sacrificios humanos, comienzan a engrandecer materialmente a Tenochtitlan, capital de la confederación, ya que el *tlatoani* azteca era el jefe de ella. Se levantan edificios y templos de cantería y afluyen piedras y plumas preciosas, manufacturas y materias primas de calidad. *Ihuicamina* es realmente el iniciador del Imperio. No se engañaron mucho los españoles al considerar a su último sucesor como un verdadero emperador.

Axayacatl —1469-1481— tiene ya una costumbre hecha para los *caballeros águilas* y para los *caballeros ocelotl* o tigres, que se adornaban con cabezas de estos animales como cascos. Aunque Tepeticpac —fortaleza de la irreductible república de Tlaxcallan— quedaba encerrada entre territorios conquistados y los tarascos de Michoacán —muy nahuatlizados, por otra parte— no fueron nunca vencidos, las tropas de los aztecas llegan hasta la Huasteca, cuyos habitantes, de raza y lengua mayas, estaban también muy influidos por la tradición tolteca, es decir, nahua. La vieja Tlaltelolco, monitora de los aztecas en su primera etapa de asentamiento en los islotes, es añadida a la ciudad. Todo parece augurar grandezas, pero una revolución se va fraguando insensiblemente: la del acceso de los hombres comunes —*macehualtin*— a la vida pública. El *macehual* ya no es el «vasallo», sino el guerrero, y el esplendor de México-Tenochtitlan se debe a su esfuerzo. Se perfila un período militarista que, de hecho, venía formándose desde *Ilhuicamina.*

El «reinado» de Tizoc, aunque importante por haberse comenzado las obras del gran templo central de la ciudad es breve y el mismo consejo tribal lo manda ejecutar, por razones oscuras. Interregno que no cierra la era de las conquistas, ya desde 1486 hasta 1502 el *tlatoani* Ahuizotl extiende los dominios hasta el golfo de México y abre para la tributación los caminos que antes sólo frecuentaban los *pochteca* o comerciantes: la llamada «ruta del cacao», que llegaba a Soconusco y Guatemala. Antes les habían precedido emigrantes nahuas, como los *pipiltin* (pipiles del Salvador) y los *nicaraos* de Centroamérica.

Motecuzoma II. Xocoyotzin

El año 1502 marca un rumbo diferente, con la elección de Motecuzoma II, *Xocoyotzin* («el joven»), que habiendo sido guerrero, había pasado al sacerdocio, sirviendo en el templo de Huitzilopochtli. Según la costumbre, se reunía la gran asamblea de los representantes de los *callpulli,* de los guerreros y de los sacerdotes y designaban, entre los candidatos, quién había de ser el nuevo *tlacatecuhtli,* dentro de la limitación de que fuera de la estirpe de Acamapichtli, como venía

sucediendo. Presentados como candidatos hijos de Ahuzotl, la elección se inclinó por el sacerdote de 35 años Motecuzoma, descendiente de Axayacatl.

Se conocen con todos los detalles las largas ceremonias de la entronización del nuevo jefe. Como sincero y devoto sacerdote de los dioses, que había sido hasta entonces, Motecuzoma va a dar un sesgo y significado distinto a su acción. Suprime, en primer lugar (según algunos, privándoles de la vida), los altos cargos de Ahuizotl, integrando como colaboradores a jóvenes herederos de antiguos jefes, que habían sido discípulos suyos en el *calmeca (escuela)* del templo. Serio, religioso, pulcro, autoritario y cruel, preocupado por el orden y la obediencia y disciplina, ignora a los otros miembros de la confederación y da un tinte absolutista y divino a su mando. Los hijos o allegados familiares de los jefes de los pueblos sometidos, son llevados a Tenochtitlan, casi como rehenes, para *ser educados,* como se había hecho un siglo antes entre los gobernantes de Mayapán, en Yucatán.

Hombre de una fe profunda en sus propios dioses, hace la guerra de conquista en nombre de ellos, especialmente de Huitzilopochtli. Las tendencias monoteístas de Nezahualcoyotl, de Texcoco, significan una postura contraria a la suya, pero cuando se le avisa, desde 1517, que han aparecido gentes extrañas, con cascos brillantes, en las costas, su fe se tambalea, pensando si serían los hijos del dios tolteca *Quetzalcoatl* («serpiente de plumas» o «emplumada»), el cual según la leyenda, había prometido regresar. Cuando sus dibujantes le traen las imágenes de los españoles de Cortés, y piensa que sus dioses le abandonan, ya no duda y hace lo posible para impedir que el pequeño grupo explorador, enriquecido con las tripulaciones de los barcos «dados de través» por Cortés, llegara hasta las lagunas. Pero los españoles pisan su ciudad y el antiguo hombre autoritario, duro y cruel, se transforma en el sumiso y temeroso *Moctezuma* (manera de pronunciar su nombre por los españoles), que acaba dejándose encadenar y ordenar la muerte de alguno de sus antiguos súbditos, para complacer al conquistador, como en el caso de Quauhpopoca. Los acontecimientos se precipitan en 1520, cuando al regreso de Cortés de someter a las gentes de Pánfilo de Narváez, se encuentra a Tenochtitlan alterado, por los actos cometidos por Alvarado. Cortés obliga a Motecuzoma a dirigirse a sus súbditos y éstos le apedrean, de cuyas heridas muere en junio de 1520.

Obligados a retirarse los españoles, ante la sublevación de los aztecas, en la famosa «noche triste», y muerto Motecuzoma, el *tlatoapan* o asamblea elige a Cuitlahuac como jefe, pero durante el asedio de Tenochtitlan por los españoles, éste muere de viruela (la enfermedad importada por los españoles, que los indios llamaron *matlazahuatl* («fiebre de los venados»). México se rinde y el último *tlacatecuhtli,* Cuauhtemoc, que se rinde es acogido como tal por Cortés, que lo mantuvo siempre vigilado. Para no dejarlo en México, Cortés lo llevó consigo a la expedición de Las Hibueras, pero receloso de una conspiración con los mayas chontales, lo mandó ajusticiar en febrero de 1525.

Así terminaba la historia de los aztecas, salidos de los escalones más bajos de las tribus invasoras del Anahuac y ascendidos a las alturas del Imperio en poco más de un siglo y medio.

El arte

Cuando los españoles contemplaron los elevados templos construidos en Tenochtitlan por los aztecas, probablemente con mano de obra de los vencidos en sus conquistas, quedaron tan admirados que *teníamos que pellizcarnos los unos a los otros, por no ser que estuviéramos soñando,* como dice Bernal Díaz. Pero lo que no supieron es que el arte que veían no era más que la culminación de un largo proceso que arrancaba de Teotihuacan, pasando por los toltecas. La plaza mayor era un conjunto impresionante, con el templo doble —según modelo tezcocano de Tenayuca— a Tláloc y Huitzilopochtli, con el *tzompantli* («altar de las calaveras»), los templos de Ehecaltl (el Viento, identificado por Quetzalcóatl) y de Tezcatlipoca, el dios negro de la guerra y el *calmecac* o centro docente principal de los sacerdotes. Las residencias *reales* (en especial el palacio de Axayacalt, en el que los españoles hallaron su tesoro) eran suntuosas, con patios y terrazas y pavimentos de madera puli-



Moctezuma contempla un cometa que anuncia un próximo desastre (miniatura del *Códice Durán*, arriba). Representación de un rey de Texcoco en un códice de mediados de siglo XVI (derecha)

mentada, todo ello de cantería. En arquitectura no fueron, pues, originales, y sus juegos de pelota eran similares a los de los mayas del Yucatán en su estructura y construcción.

Fuera de la capital construyeron también templos y *tzompantin* («altares de calaveras»), como los de Tepozteco y Calixtlauaca. Sus templos, como los de todo el mundo mesoamericano, consistían en una «pirámide escalonada», que servía de basamento al verdadero templo, ante el cual se realizaban los sacrificios humanos.

En la talla de la piedra fueron excelentes maestros, sin duda por influencia de los artesanos mixtecas, apareciendo simultáneamente dos tipos de esculturas y relieves: los de carácter religioso y los de libre inspiración. Entre los primeros figura la representación de deidades, como la impresionante Coatlicue (diosa de cabezas de serpiente y falda de culebras) o los relieves de la pirámide de Xochicalco. Entre los segundos hay obras de arte de gran valor estético como el «caballero águila» y el *Xochipilli* («niño flor»).

En las llamadas artes industriales destacaron muy especialmente, tanto en el trabajo de lapidarios (jades y turquesas) en bellas empuñaduras de cuchillos de sacrificio, de hoja de pedernal o de obsidiana, como en la plumería y la cerámica. Tocados de plumas —como el regalado por Motecuzoma a Carlos V, hoy en el Museo Imperial de Viena—, escudos para los desfiles de guerreros, de armónica combinación de colores, y vasijas de las más variadas formas: copas, sahumerios, vasos, trípodes, platos, con estilos diferenciados de Tlaltelolco y Tenochtitlan. No hay duda que tanto en la cerámica como en la orfebrería está presente la influencia artística de los mixtecas.

La pintura fue un arte cultivado con originalidad por los aztecas, y se manifiesta en tres espacios: muros, cerámicas y libros. Pocos murales quedan (el friso de los guerreros en Malinalco) y


Collection E. Eug. GOUPIL à Paris
No 65 à 71.
Ancienne Collection J. M. A. AUBIN

la cerámica, aunque colorista y polícroma sin decoración, es de carácter geométrico. No pasa así con los *códices,* donde brilla, a la par que el arte, la inventiva de sus autores, lo que merece una mención más pormenorizada.

Los mayas habían inventado lo que los aztecas llamaron, en su lengua, el *amtl,* que designa tanto al libro en sí como al material, que era un finísimo tejido de la fibra del maguey (*agave americana* de Linné) recubierto de una disolución adhesiva y cal, donde se pintaba con pincel. Estos libros se plegaban, al modo maya, como un biombo. Pero los aztecas habían sido un pueblo cazador y también usaron la piel de venado para sus «escrituras». Estos códices presentan, por el tema, cuatro tipos: a) topográficos o mapas, b) históricos, c) de calendario y ritos, y d) listas de tributos. Podríamos decir que no *se leían,* sino que las figuras en ellos representadas servían de guión para un recitado oral. El arte es convencional e ingenuo, pero no tosco. Si, por ejemplo, el hombre aparece esquematizado (apenas el cuerpo y la cabeza y una sugerencia de pies) se debe a que se estableció así. Se conservan bastantes de estos códices, muchos de ellos recogidos en el siglo XVIII por el benemérito mexicanista milanés Lorenzo Boturini.

Sociedad y economía

Miguel León-Portilla
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Para acercarnos a lo que llegaron a ser la organización sociopolítica y la economía del pueblo azteca, pocos años antes de la conquista española, es necesario recordar algunos antecedentes. Tras largo peregrinar en el ámbito geográfico de la altiplanicie central, los aztecas o mexicas se habían asentado al fin, en 1325, en un pequeño islote, situado en uno de los lagos que entonces cubrían parte considerable del valle de México. Al establecerse en ese lugar, quedaban dentro de la zona de dominación de un reino poderoso. La isla de Tenochtitlan pertenecía a los tepanecas de Azcapotzalco. Primera consecuencia de ello fue que hicieran reconocimiento de vasallaje al señor de Azcapotzalco. Además, los aztecas hubieron de pagarle tributos y participar también, como una especie de mercenarios, en muchas de sus empresas bélicas.

Hasta entonces la organización sociopolítica azteca continuaba siendo la de un pueblo cuyas estructuras se apoyaban fundamentalmente en relaciones de carácter gentilicio. Unidades de organización en tal contexto, además de los núcleos familiares y de las «familias extensas», eran los que se conocen con el vocablo indígena de *calpullis.* Esta palabra es un aumentativo de *calli* que significa «casa». La significación de *calpulli,* «gran casa», connota al grupo de personas que, ligadas por vínculo de parentesco, realizaban conjuntamente una serie de funciones de carácter socioeconómico, religioso, militar y político.

Algunos investigadores han creído ver en la naturaleza de los *calpulli* una especie de clan con tendencias endogámicas, aunque sin excluir la exogamia en grado más limitado. Cada uno de los *calpullis* tenía sus correspondientes guías y autoridades. Sobresalían los sacerdotes, y varios jefes, así como el que tenía la custodia de los bienes de la comunidad. Durante toda la época de la peregrinación, los varios *calpullis* aztecas prestaron obediencia a quienes guiaban al conjunto tribal, los jefes-sacerdotes supremos, aquellos que tenían a su cargo el culto de los dioses y el destino mismo de la nación. Cuando ocurrió ya el asentamiento en la isla, la situación prevalente comenzó a modificarse.

Según un testimonio del manuscrito indígena que se conoce como *Anales de Cuauhtitlán,* México-Tenochtitlan no fue en un principio sino un conglomerado de chozas construidas en medio



Noble azteca según el *Códice Ixtlilxochitl*, siglo XVI

de los carrizales que había en el lugar. Edificación principal, aunque todavía muy modesta, fue la del templo en honor de Huitzilopochtli, el dios tutelar de los aztecas. Cuando el templo quedó construido, el dios, a través de los jefes-sacerdotes, expresó esta profecía: «Escuchad, estableceos, haced partición, fundad *calpullis* y señoríos por los cuatro rumbos del mundo.»

En la isla se delimitaron entonces cuatro grandes sectores o barrios que habrían de perdurar en los tiempos de la Nueva España y, hasta el presente, en la moderna ciudad de México. Organizadas esas cuatro grandes divisiones, los distintos *calpullis* se fueron asentando en ellas. A partir de ese momento fue también atributo de los integrantes de un *calpulli* habitar en un mismo barrio, poseer un territorio en común, trabajar juntos para beneficio de la propia comunidad. Para algunos investigadores, los *calpullis* adquirieron, desde entonces, el carácter específico de «clanes geográficos», es decir de clanes con una determinada ubicación que mucho significaría en su ulterior desarrollo.

Los aztecas, en su calidad de tributarios del señor de Azcapotzalco, continuaban sirviéndolo. De modo especial participaban en las luchas que tenía él con otros señoríos. Hasta entonces los viejos caudillos que habían guiado al pueblo azteca en su peregrinación, tenían en sus manos el gobierno en la isla. En la organización social, económica y política de los aztecas subsistían las características fundamentales de un sistema tribal. Los recursos naturales a su alcance eran bastante limitados. Las formas de producción permitían sólo la autosubsistencia, agravada por la necesidad del pago de tributos a Azcapotzalco. Pronto, sin embargo, habría de introducirse un cambio ciertamente radical.

Se habían percatado los aztecas, en su permanente contacto con las gentes de Azcapotzalco y con las de otros señoríos, de que existían otras formas, al parecer más eficientes, de organización política. Así, al morir Tenochtli, el gran sacerdote y último caudillo azteca que los había gobernado desde antes de su asentamiento en la isla, hubo entre los ancianos, sacerdotes, sabios, jefes y capitanes, quienes se inclinaron por consolidar una organización política semejante a la de sus vecinos más poderosos. Un grupo de prominentes aztecas se dirigió entonces a Culhuacán, antiguo señorío de raigambre tolteca que, aunque estaba sometido a Azcapotzalco, conservaba su propia forma de organización política y social. Los aztecas manifestaron allí el propósito de que se les concediera al noble llamado Acamapichtli para que fuera

Esta maqueta, que puede contemplarse en el Museo Nacional de Antropología de México, reconstruye el centro ceremonial de Tenochtitlan, en la época de máximo esplendor de los aztecas

el primer gran gobernante, *tlatoani*, de México-Tenochtitlan. Otro documento indígena, la *Crónica* Mexicáyotl, refiere cómo, tras larga deliberación, los de Culhuacán accedieron a la demanda. Su respuesta fue:

Que gobierne Acamapichtli a la gente del pueblo, a los aztecas, a los que son siervos de *Tloque Nahuaque*, «el Dueño del cerca y del junto», del que es *Yohualli Ehécatl*. «Noche, Viento»;

que gobierne a los siervos de Yaotzin *Tezcatlipoca* y del sacerdote *Huitzilopochtli*.

Así desde la década de los setenta del siglo XIV, Tenochtitlan tuvo su primer rey o señor de linaje emparentado con los toltecas. A través de él y de otros culhuacanos establecidos también en Tenochtitlan, por la vía de uniones matrimoniales con hijas de los aztecas y, con la sucesiva exaltación de descendientes de antiguos caudillos aztecas, comenzó a formarse un poderoso estrato social, el de los nobles o *pipiltin,* con atributos y privilegios de los que se derivaba una situación muy distinta de la que correspondía a la gente común, los hombres del pueblo o *macehualtin.* Precisamente los *macehualtin,* la gente del pueblo, eran los que preservaba, y de hecho conservaron hasta los tiempos de la Conquista y, en algunos lugares, hasta mucho después, las antiguas estructuras de los *calpullis.*

Consolidación de clases sociales

Para enmarcar el tema que ahora nos ocupa tomaremos en cuenta algunos elementos en función de los cuales se suele determinar la existencia o no de clases sociales en un concreto contexto. Entre ellos están las relaciones que guardan diferentes sectores de una comunidad con respecto a los medios de producción; el lugar que ocupan en lo que toca a la organización del trabajo; el consiguiente beneficio que derivan de su trabajo y de la producción en general; los distintos tatues o rangos que, en una especie de estratificación, van ocupando esos sectores que, en diversas formas, participan en la producción: sus privilegios o carencias de los mismos; su participación en otros campos como los de la política, organización religiosa, arte, etcétera. Atendiendo a estos puntos de vista, pasamos a describir la situación que prevaleció en la sociedad azteca por lo menos durante el último siglo antes de la conquista española.

En primer lugar haremos referencia a los ya citados *macehualtin,* «gente del pueblo», que continuaban integrados en sus correspondientes *calpullis.* Los *macehualtin,* en términos de producción, se ocupaban sobre todo en la agricultura y en tareas de índole artesanal. Correspondía a ellos trabajar las tierras que eran propiedad comunal de su *calpulli* y, otras veces, también las que pertenecían a los *pipiltin,* «los príncipes, los nobles», así como las del estado azteca, de la organización religiosa, y aquellas cuyos rendimientos se dedicaban a los gastos de guerra. Desde luego era fundamental el papel de los *macehualtin* en el contexto de la organización del trabajo. A ellos de debía, en máximo grado, el abastecimiento de productos agrícolas que hacían posible el sustento de la población. Además, en su calidad de productores de muy variadas formas de artesanía —materiales para la construcción, cerámica, arte plumario, orfebrería, trabajos en piel, etcétera— satisfacían tanto requerimientos cotidianos y necesarios como otras urgencias de carácter suntuario o destinadas a fines religiosos o bélicos.

Desde luego los *macehualtin,* individualmente y en su calidad de miembros de los *calpullis,* participaban en la riqueza obtenida, aunque en mucha menor proporción y de manera distinta, si se compara su situación con la del ya mencionado sector de los *pipiltin.* Los *macehualtin* no tenían propiedad de tierras en forma individual. Más aún, en los casos en que determinados *calpullis* poseían escasas tierras laborales o, por razón de su desarrollo demográfico, no podían ofrecer trabajo a sectores de sus miembros, había entonces *macehualtin* que realizaban tareas agrícolas en lugares que no pertenecían a su propia comunidad. Los que así laboraban se conocían con el nombre de *mayeque,* «los que tienen brazos», es decir una especie de braceros que prestaban servicios a otros. Mencionaremos también aquí a los *tlatlacotin,* peculiar forma de esclavos. Su venta no era de por vida, ya que ellos mismos u otra persona podía hacer su rescate. Los hijos de los *tlatlacotin* no eran considerados esclavos. En realidad ni los *mayeques* ni los *tlatlacotin* constituían propiamente clases sociales diferentes de los *macehualtin* o gente del pueblo.

Además de participar así en el contexto de la producción del estado azteca, los *macehualtin* integraban, de manera obligatoria, los ejércitos. Su educación la recibían en escuelas, en cada *calpulli,* las denominadas *telpuchcalli,* «casas de jóvenes». Su pre-

paración incluía, de modo especial, las técnicas del arte de la guerra.

Distinta era, en cambio, la clase de los *pipiltin* o nobles. Estos podían ser propietarios de tierra en forma individual. Con frecuencia disponían del trabajo de *mayeques,* «braceros», y *tlatlacotin,* «esclavos». Había también *pilpiltin* beneficiados con la percepción de tributos. Sus hijos recibían una educación más esmerada y ejercían luego los más elevados cargos del gobierno. Sólo de entre ellos podía ser elegido el rey o *tlatoani.*

Interesante resulta destacar el acercamiento que, por razones económicas, habían llegado a tener con los *pipiltin* los grupos, básicamente de *macehualtin,* que integraban los sectores de comerciantes. Nos referimos en particular a los *pochtecas* o mercaderes que habían obtenido una especie de código jurídico y económico que determinaba las funciones que les correspondía desempeñar. Los *pochtecas* tenían ritos y ceremonias religiosas exclusivas de ellos. Poseían sus propios tribunales. Organizaban los diversos sistemas de intercambio comercial, en particular con gentes de regiones muy apartadas. Desempeñaban con frecuencia las funciones de embajadores, emisarios y espías. Llegó a ser tan grande la importancia social y económica de los *pochtecas* que a veces contaban más en la vida pública que muchos nobles o *pipiltin.* Podría decirse que con los *pochtecas* o mercaderes se repitió un fenómeno parecido al de la burguesía de industriales y comerciantes que tanta importancia tuvo en la historia de los países europeos. Los *pochtecas,* entre otras cosas, estaban libres de trabajos personales y podían poseer tierras en forma individual, cosa que los colocaba casi a la par con los miembros de la nobleza.

Organización política

Lugar primordial en el gobierno de la nación mexicana lo ocupaba el *huey tlatoani,* expresión que literalmente significa «el grande que habla, el gran ordenador...». Correspondía a él actuar como ordenador en todos los campos. Si bien era representante de la divinidad, nunca se pensó, como en el caso de los incas, que fuera hijo de alguno de los dioses o encarnación suya. El gran *tlatoani* era también el máximo juez y sobre él recaían las más elevadas responsabilidades. De él dependía la iniciación de cualquier guerra, la promulgación de las leyes y el comienzo de toda empresa importante. El gran *tlatoani* debía ser elegido de entre los *pipiltin.*

Como un reflejo, en la organización política, de la creencia religiosa en un supremo dios dual, al lado del *huey tlatoani,* desempeñaba también funciones en extremo importantes el llamado *cihuacóatl.* Este título significa «serpiente femenina» y también «mellizo femenino». El vocablo *cihuacóatl* era también uno de los nombres de la diosa madre.

Al *cihuacóatl* correspondía desempeñar las funciones del *tlatoani* en caso de ausencia de éste, como, por ejemplo, cuando salía él a la guerra. En forma transitoria asumía también el poder cuando fallecía el *tlatoani.* Entre las funciones del *cihuacóatl* estaban presidir el tribunal más alto o de última instancia y actuar asimismo en asuntos religiosos y de administración pública.

Lugar prominente tenían también los varios consejos, entre ellos uno que puede describirse como supremo. Estaba formado por representantes de otros cuerpos secundarios. Entre las funciones del consejo supremo sobresalían la de auxiliar al *tlatoani* en los problemas que pudiera someter a su consideración, así como participar en la designación de funcionarios.

Había, además, cuatro grandes dignatarios que desempeñaban funciones muy importantes, entre ellas la de actuar a veces como miembros del supremo consejo. Mencionaremos primeramente el rango de *tlacochcálcatl,* «señor de la casa de los dardos» que, junto con el *tlacatécatl,* asumía la más elevada jerarquía militar. A su vez, el *huitznahuatlailótlac* y el *tizociahuácatl* tenían atribuciones de jueces principales.

Con el nombre genérico de *tlatoque* se conocían los gobernantes de todas las poblaciones de cierta importancia. Posición distinguida correspondía a los llamados *tecuhtli* (en singular) y *tetecuhtin* (en plural), palabras que significan «señor, señores». Los *tetecuhtin,* escogidos entre los nobles o la gente del pueblo, podían desempeñar diversas funciones, entre ellas las de gobernantes, jueces y supervisores en el pago de tributos.

Debe recordarse aquí que el expansionismo de los aztecas los había lleva-

do a someter a muchos señoríos, antes independientes. En algunos casos los antiguos gobernantes de ellos permanecían en el poder pero con la obligación de prestar obediencia y pagar tributos al supremo señor de México-Tenochtitlan. En otros casos correspondía a algunos *tetecuhtin* aztecas hacerse cargo de la administración de esos pueblos o provincias.

La existencia del Estado azteca requería del pago de tributos y de la recolección oportuna de otros ingresos. Tributaban, en función de sus *calpullis,* los *macehualtin;* además, los pueblos y señoríos que habían quedado sujetos, así como otros que mantenían aún cierta forma de independencia. Otros ingresos se derivaban de lo que se obtenía de las tierras que pertenecían al Estado, así como de los botines de guerra en las frecuentes campañas. Los artesanos y mercaderes, según lo mencionamos, tenían un estatuto propio en el que se determinaban las contribuciones que les correspondían. Competía al *cihuacóatl* vigilar lo concerniente a la tributación. Funcionarios subordinados eran el *huey calpixqui,* «gran guardián de la casa» y el *petlacálcatl*, «el de la caja o petaca».

La economía

El estudio de la economía azteca es difícil por lo limitado de las fuentes que permiten cuantificar o medir de algún modo las distintas fuerzas que jugaban papel determinante en la producción. Así, por ejemplo, si hay hasta ahora enormes divergencias en los cálculos sobre el número de habitantes en el México prehispánico, habrá que reconocer que no será fácil precisar cuál era, en las distintas ciudades, pueblos, aldeas y regiones, la cantidad de personas dedicadas a tal o cual forma de actividad productiva. Recordemos en este contexto que, entre los cálculos expresados sobre la población del área central (actuales estados de México, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Colima, Jalisco, Guerrero y Veracruz), en tanto que unos hablan de sólo tres o cuatro millones de individuos, otros elevan la cifra hasta más allá de los veinte millones.

Disponemos, en cambio, de mayor número de testimonios que permiten conocer las principales formas de especialización de quienes integraban la fuerza humana de trabajo. En primer lugar, sabemos que existía una distribución de actividades en función del sexo. Así, al hombre correspondían las importantes tareas agrícolas y la mayor parte de las formas de producción artesanal. A la mujer, en cambio, tocaban los quehaceres del hogar, algunos nada fáciles como la transformación del maíz en masa para las tortillas, lo que presuponía largas horas de trabajo en la piedra de moler. Hilar y tejer eran asimismo ocupaciones que competían a la mujer.

Conocemos también especializaciones tales como las que correspondían a quienes se ocupaban en trabajos extractivos (pescadores, recolectores, mineros y otros). Asimismo muestran los testimonios la existencia de grupos dedicados a la construcción (albañiles, canteros, carpinteros, pintores), a las industrias manufactureras (alfareros, canasteros, productores de esteras, sandalias, curtidores, etcétera). Mencionaremos el amplio campo de la especialización artesanal, la de quienes producían objetos de índole utilitaria y de consumo general como papel, instrumentos líticos y de madera, canoas, etcétera, y la de aquellos que elaboraban artículos de lujo o suntuarios, principalmente para los miembros de la nobleza y el culto religioso. Entre estos últimos había orfebres, artífices de la pluma, escultores, los que elaboraban los códices y los gematistas.

Debemos insistir, sin embargo, en que, a la par que había estas especializaciones, la gran mayoría de los *macehualtin* o gente del pueblo, dedicaba buena porción de su tiempo a la labranza de la tierra. Precisamente los productos que de ella obtenía le permitían en alto grado su subsistencia, la familiar y la comunitaria, al igual que el pago de los tributos que correspondían al supremo gobernante, al culto religioso y a otros propósitos ligados con la administración pública.

Recursos naturales

Respecto de la información para conocer cuáles eran los recursos naturales sobre los que descansaba la economía del México antiguo, ocurre algo



Representación de una divinidad azteca en un códice del siglo XVI

semejante a lo dicho acerca del potencial humano. Las fuentes —aunque en algunos casos proporcionan datos cuantitativos— son sobre todo de carácter descriptivo. Así, por ejemplo, al hablar de las tierras para la agricultura, aunque en ocasiones se mide su extensión, es más frecuente encontrar que se señale cómo eran y para qué servían.

Con el nombre de *atoctli* se aludía a las tierras con suficiente agua y buenas para la agricultura. *Cuauhtalli,* «tierras de árboles», significaba que en ellas había residuos vegetales, lo que hoy llamamos «tierra de hoja». En lugares así dotados de agua y materia orgánica prosperaban los cultivos de plantas básicas para el sustento: maíz, fríjol, calabaza, chile (pimiento). También había otras tierras destinadas a fines más particulares, como las que se nombraban *xochimilpan,* para el cultivo de diversas flores.

Desde luego son muchos los recursos naturales que daban apoyo a la economía prehispánica. Del reino vegetal: los árboles y múltiples plantas que crecían espontáneamente, unas de aplicación medicinal, otras alimenticias o para producir objetos manufacturados; determinados árboles ofrecían madera para la construcción, otros eran frutales, había además plantas que podían aprovecharse de formas muy distintas. El reino animal abarcaba variedades acuáticas en los ríos y lagos, y otras que podían lograrse para la alimentación por medio de la caza y a través de la reproducción en reclusión (animales domésticos), como en el caso más sobresaliente del guajolote o pavo. Los animales propiamente domesticables eran, en cambio, casi inexistentes. Excepción la constituía el perro.

La ausencia de otros animales domesticables fue en alto grado barrera al desarrollo de una tecnología más eficiente. Al no haber bestias que pudieran servir para la carga y la tracción, el empleo de la rueda se limitó a su aplicación en algunos juguetes.

Mencionaremos, finalmente, entre los recursos naturales, los derivados del subsuelo y que pudieron aprovecharse a través de trabajos de índole minera. Entre los metales que conoció el hombre prehispánico estuvieron el oro, la plata, el cobre, el estaño y, probablemente, en escala muy reducida, el plomo. Otros minerales, que también se aprovecharon, fueron el cina-

brio (protosulfuro de mercurio), la calcita (carbonato cálcico), así como diversos colorantes minerales, varias piedras preciosas y otras de diferentes naturalezas.

Sobre la base de los recursos naturales —como los más importantes aquí mencionados— la fuerza de trabajo, el potencial humano, llegó a la producción de una gran variedad de bienes. Para lograr esto las sociedades indígenas desarrollaron un instrumental y una técnica, a las que brevemente debemos referirnos.

Primeramente hemos de resaltar el hecho de que —a pesar de haber logrado grandes creaciones culturales en campos como el del arte, en los cómputos calendáricos y astronómicos— el hombre prehispánico no alcanzó a tener un instrumental calificable de muy perfeccionado. A pesar de esto, su instrumental fue, en muchos aspectos, bastante eficiente. Abarcó ante todo utensilios hechos de piedra (martillos, raspadores, morteros, etcétera), otros de pedernal, hueso o madera, como la *coa,* el palo que servía para las tareas agrícolas, y algunos, en menor número, de metal. De estos cabe mencionar las hachas de cobre.

Particular atención exigen las técnicas alcanzadas en el cultivo de la tierra. Además de la agricultura de temporal, en la que no se descuidaba el empleo de algunas formas de abono, las sociedades prehispánicas se valieron de sistemas de regadío, cultivos escalonados y, sobre todo en la región central, introdujeron las célebres *chinampas,* conocidas como «jardines flotantes» o mejor, «anclados» sobre el lecho de los lagos.

Resta decir algo sobre las «unidades de producción», muy vinculadas con distintas formas de agrupamiento social, existentes en el México antiguo. Por una parte, estaba, como unidad primaria, la familia. Los integrantes de ésta participaban en el trabajo de acuerdo con la especialización en función de su sexo, como ya se ha visto. Unidades mucho más amplias las constituían los distintos *calpullis.* Algunos de éstos, según parece, se habían especializado en la producción de determinados artículos, por ejemplo, en los trabajos artísticos hechos de plumas.

Los *calpullis,* en cuanto unidades de producción, pagaban tributos al Estado. También proporcionaban mano de obra para realizar empresas, bien sea en provecho del mismo *calpulli* o de la comunidad del pueblo o ciudad. Este tipo de servicios —tributos y participación directa en trabajos— eran asimismo obligación de entidades más amplias, los señoríos sometidos al dominio de México-Tenochtitlan.

Elemento de suma importancia para comprender los alcances que llegó a tener la economía en el México antiguo son la existencia de mercados y de lo que llamaremos el comercio exterior, llevado a cabo por los *pochtecas* o mercaderes.

Mercado de Tlatelolco

En extremo maravillados, algunos conquistadores nos dejaron en sus crónicas una imagen de lo que era el mercado principal de Tlatelolco, en la antigua población ya incorporada a la ciudad de México. Bernal Díaz del Castillo escribió: *Quedamos admirados de la multitud de gentes y mercaderías que había en la gran plaza y del gran concierto que en todo tenían... Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas, y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías de indios, esclavos, y esclavas... Otros mercaderes que vendían ropa más barata y algodón y cosas de hilo torcido y cacahuateros que vendían su cacao... y había muchos herbolarios y mercaderes de otra manera... Y también vendían hachas de latón y cobre, y jícaras y jarros de madera muy pintados... Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían...*

A la metrópoli mexicana afluía toda clase de productos procedentes de regiones cercanas y apartadas, obtenidos gracias a las negociaciones de los mercaderes o en calidad de tributos. A su vez, de la capital, donde, según vimos, había diversas formas de producción, artes y artesanías, se exportaban múltiples objetos manufacturados. Ciertamente se habían vuelto complejas las relaciones de producción e intercambio durante el esplendor de Tenochtitlan. Mencionaremos al menos cuáles eran las dos rutas más importantes del comercio establecido por los *pochtecas.* Una se dirigía a Xicalanco, junto a la laguna de Términos, en las costas del Golfo. Desde

tiempos antiguos llegaban allí también en sus embarcaciones comerciantes de la región maya. En Xicalanco podían adquirirse productos de zonas tan apartadas como Yucatán, Honduras y aun las islas del Caribe. La otra gran ruta del comercio mexicano llevaba a las costas del Pacífico sur, en especial a la rica zona del Soconusco, en Chiapas, de donde provenían el cacao, plumas de quetzal, jade y metales preciosos.

La religión

Miguel León-Portilla
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

En las creencias religiosas de los aztecas y en el conjunto de sus ritos, sacrificios, fiestas, organización sacerdotal y, en una palabra, en la totalidad de sus formas de culto, había elementos de orígenes muy diferentes entre sí. Pervivían tradiciones de gran antigüedad, herencia en común de muchos pueblos en el ámbito del México antiguo. Algunos elementos provenían de la etapa preclásica, anterior a la era cristiana. Muestra de ello es la veneración al dios del fuego, el que se conoce también como *Huehuetéotl,* «el dios viejo».

En la religión de los aztecas perduraron asimismo creencias cuyo origen cabe derivar de las culturas que habían florecido en las costas del golfo de México. Probable ejemplo lo ofrecen la adoración de deidades como *Tlazoltéotl,* la diosa que enciende el amor lujurioso y que es a la vez «devoradora de inmundicias», o la veneración a *Xippe Tótec,* dios fecundador, «Nuestro señor el desollado.» En este contexto importa recordar a otros númenes, con raíces muy antiguas, en los comienzos mismos de la alta cultura en Mesoamérica, es decir, entre los olmecas, que vivieron el primer milenio a.C., en la zona fronteriza entre los actuales estados de Veracruz y Tabasco. Algunas de las deidades adoradas por los olmecas, fueron también invocadas más tarde en el ámbito maya, en el de los pueblos de Oaxaca y en otras regiones. Entre esos dioses destacan *Tláloc,* el propiciador de la lluvia, *Chalchiuhtlicue,* «la del faldellín de jade» y *Quetzalcóatl,* «Serpiente emplumada».

Legado, asimismo, para los aztecas fue mucho de las creencias y prácticas religiosas de las metrópolis de Teotihuacan (siglos I-IX d.C.) y Tula (siglos X-XI d.C.). En una y otra habían sido ya objeto de adoración varios de los númenes que hemos mencionado. Pero el panteón mesoamericano llegó a enriquecerse todavía más en dichos lugares. Aparecen así *Xochipilli,* «el príncipe de las flores», el protector de las artes, así como *Tezcatlipoca,* «el espejo que ahuma». A todo ese sustrato, que incluía múltiples mitos y doctrinas, formas de sacrificios y otras variadas prácticas, se sumaron, finalmente, las creencias de grupos que, más tarde, vinieron a asentarse en la región central de México. Nos referimos a los que se nombraron genéricamente *chichimecas,* los seminómadas de la flecha y el arco que, tras un largo proceso de aculturación, comenzaron también a establecerse en pueblos, imitando la vida civilizada de los antiguos toltecas.

Justamente los aztecas, uno de los grupos que a la postre vinieron a ubicarse en el valle de México, traerían también sus formas de culto y sus propios dioses tutelares. Entre éstos sobresalen *Huitzilopochtli,* «el colibrí de la izquierda», que habría de identificarse con el sol, y la madre de éste, *Coatlicue,* «la de la falda de serpientes». Aunado lo netamente azteca con todo aquello que provenía de etapas y pueblos muy diferentes, la religión prevalente en México-Tenochtitlan al tiempo de la conquista española era en realidad resultado de largos procesos

de fusión o sincretismo. Ahora bien, hemos de subrayar desde un principio que, por obra de los sacerdotes y sabios, ese gran conjunto de elementos religiosos, lejos de ser un confuso agregado, había alcanzado un ordenamiento en función de la división del mundo y los ideales de la nación azteca.

Hurgando en ese universo de la religión del México antiguo, con base siempre en los códices y en los textos que se conservaban en lengua indígena, trataremos aquí acerca de algunos aspectos que consideramos más significativos. Abarcan éstos los mitos de los orígenes, el gran ciclo en torno a Quetzalcóatl y la suprema divinidad dual, las creencias y ritos específicos del mundo azteca, sus fiestas y sacrificios y, finalmente, la aparición de una nueva actitud que, con todas las salvedades que se quiera, puede describirse como «filosófico-religiosa».

Mitos de los orígenes

Según el pensamiento prehispánico, el mundo había existido no una sino varias veces consecutivas. La que se llamó «primera fundamentación de la tierra» había tenido lugar hacía muchos milenios. Tantos que, en conjunto, habían existido ya cuatro soles y cuatro tierras anteriores a la época presente. En esas edades, llamadas «soles», había tenido lugar cierta evolución en espiral, con la aparición de formas cada vez más perfectas de seres humanos, de plantas y de alimentos. Las cuatro fuerzas primordiales —agua, tierra, fuego y viento (curiosa coincidencia con el pensamiento clásico de Occidente y de Asia)— habían presidido esas edades o soles, hasta llegar a la quinta época, designada como la del «sol de Movimiento».

Tal vez partiendo de antiguos cultos al Sol y a la Tierra, concebidos como principio fecundante y como madre universal, llegó a concebirse la realidad de una deidad suprema de naturaleza dual. Sin perder su unidad, ya que los antiguos himnos lo invocan siempre en singular, se afirma de él que es *Ometéotl,* «Dios dual», Señor y Señora de nuestra carne *(Tonacatecuhtli* y *Tonacacíhuatl),* el cual, en una misteriosa generación y concepción cósmicas, ha dado origen a todo cuanto existe.

El es, como se repite con frecuencia, «Madre de los dioses, Padre de los dioses, el dios supremo». En un primer desdoblamiento de su propia realidad hizo nacer a sus cuatro hijos, los *Tezcatlipocas,* «Espejos que ahuman», blanco, negro, rojo y azul. Estos dioses, con uno de los cuales se identificará muchas veces *Quetzalcóatl,* símbolo de la sabiduría divina, constituyen las fuerzas primordiales que pondrán en marcha la historia del mundo. En un principio los hijos del dios dual obraron todos de acuerdo para echar los cimientos de la tierra, del cielo y de la región de los muertos. Apareció así el primero de los mundos que han existido en tiempos antiguos. Mas pronto, en un afán de prevalecer, trató de adueñarse de él uno de los *Tezcatlipocas.* Transformándose en sol hizo de cenizas, para su propio servicio, a los primeros seres humanos. Como único alimento habrían de comer bellotas. Disgustados los otros dioses por tal osadía de su hermano, que trataba de imponerse a ellos, intervino *Quetzalcóatl* y destruyó ese primer sol y esa tierra con cuanto en ella había. Entonces «todo desapareció, todo se lo llevó el agua, las gentes se volvieron peces». Así, con un cataclismo, concluyó esta primera edad o «Sol».

Otras tres edades más existieron antes de la actual, según el pensamiento de los antiguos mexicanos. Fueron consecuencia de otros tantos intentos de los hijos del dios dual, empeñado cada uno en sobresalir más que sus hermanos. La segunda edad o «Sol» trajo consigo a los gigantes, aquellos seres extraños que, al saludarse, decían: «No se caiga usted; porque el que se caía, se caía para siempre». Ese segundo Sol pereció porque se hundió el cielo y los monstruos de la tierra acabaron con todo. La tercera y la cuarta edades terminaron también de un modo trágico. En la tercera, uno de los *Tezcatlipocas* hizo llover fuego y todo fue consumido por él. La cuarta edad, finalmente, fue devastada por el viento que destruyó todo lo que había en la tierra. Entonces fue cuando existieron aquellos seres que el texto indígena llamó *Tlacao-zomatin,* «hombres-monos».

Destruido el universo cuatro veces consecutivas por las pugnas de los dioses, se preocuparon éstos por poner fin a tanta desgracia. Se reunieron entonces en Teotihuacan para dirimir sus



Mectlantecuhtli, señor de la muertos, en una miniatura del *Códice Magliabecchi*

envidias y dar principio a una nueva edad, la quinta de la serie, en la que habían de nacer los hombres actuales. Esta quinta edad, que recibiría el nombre de «Sol de Movimiento», iba a ser el resultado de la intervención y el sacrificio voluntario de todos los hijos del dios dual.

El primer empeño de los dioses fue cimentar de nuevo a la tierra. Trajeron para esto a la que llegaría a ser diosa terrestre. Era una especie de monstruo, lleno por todas partes de ojos y bocas. Transformándose en serpientes dos de los *Tezcatlipocas,* circundaron a la diosa de la tierra, apretándola con tal fuerza que la partieron en dos. De una de sus mitades hicieron la superficie de la tierra y, de la otra, la bóveda del cielo. Hecho esto, para compensar de algún modo el daño que le habían causado, dispusieron los dioses que de ella nacieran todas las cosas. De sus cabellos se originaron los árboles, las flores y las hierbas. En su piel brotaron las hierbecillas. De sus múltiples ojos se originaron las fuentes y las cavernas pequeñas. De su boca nacieron los ríos y las cuevas muy grandes. Las montañas y los valles provinieron de su nariz y de sus espaldas. Así, de la realidad viviente de la diosa, fue surgiendo todo lo que existe.

Restaurada la tierra, los dioses reunidos en Teotihuacan, se preocuparon por formar de nuevo al sol y a la luna, así como a los seres humanos y lo que habría de ser su alimento.

«Aún era de noche, no había todavía ni luz ni calor.» Tales son las palabras con que se introduce en un texto en lengua nahua el mito de la creación del Sol en Teotihuacan. Cuatro días estuvieron allí reunidos los dioses alrededor del «fogón divino». Estuvieron deliberando acerca de quién habría de arrojarse al fuego para convertirse en el astro que alumbra el día. Hubo dos candidatos: el arrogante *Tecuciztécatl,* «Señor de los caracoles» y el modesto *Nanahuatzin,* «el Bubosillo».

Llegó por fin el momento de la prueba. El dios arrogante intentó lanzarse al fuego cuatro veces y otras tantas tuvo miedo a las brasas encendidas. Tocó al humilde *Nanahuatzin* probar a su vez. Cerrando los ojos, se arrojó éste al fuego, en el que bien pronto se consumió. Al ver esto *Tecuciztécatl,* tardíamente se precipitó en la hoguera. El dios humilde, que fue el primero en arder, apareció al fin convertido en Sol; *Tecuciztécatl,* temeroso y tardío, sólo logró transformarse en la Luna. Sol y Luna aparecieron en el firmamento. Pero, con asombro de todos los dioses, no se movían. Fue necesario que los dioses allí reunidos aceptaran someterse al sacrificio de la muerte para que el Sol y la Luna se movieran al fin, uno el día y la otra durante la noche.

Así fueron restaurados y puestos en movimiento el Sol y la Luna, gracias al sacrificio de los dioses. Quedaba en el mito la semilla que mucho más tarde habría de fructificar en el ritual religioso azteca. Si por el sacrificio de los dioses se hizo posible el movimiento y la vida del Sol, tan sólo por el sacrificio de los hombres podrá preservarse su vida y movimiento, evitándose el cataclismo que, como en las edades antiguas, podría poder fin a Sol y a este tiempo en que viven los seres humanos.

Ciclo tolteca de Quetzalcóatl

Así como los mitos de los orígenes cósmicos y del hombre aparecen ligados con Teotihuacan, la actuación del sabio sacerdote Quetzalcóatl está vinculada con el esplendor de Tula y los toltecas (siglos X-XI d.C.). Derivando probablemente su nombre del dios *Quetzalcóatl* que, como se ha visto, simbolizó la sabiduría del supremo dios dual, el Quetzalcóatl sacerdote parece haber dado principio a una nueva concepción religiosa de elevado espiritualismo.

El cuadro del reinado de Quetzalcóatl es la descripción de una vida de abundancia y riqueza en todos los órdenes. Los toltecas habían recibido del sacerdote Quetzalcóatl su sabiduría y el conjunto de todas las artes. El sacerdote habitaba en sus palacios de diversos colores, orientados hacia los cuatro rumbos del universo. Allí llevaba una forma de vida que lo acercaba a la divinidad. Vivía en abstinencia y castidad. Pero, sobre todo, estaba consagrado a la meditación y a la búsqueda de nuevas formas de acercarse a la divinidad.

Se afirma que Quetzalcóatl en su meditación, *moteotía,* «buscaba un dios para sí». En otras palabras, se esforzaba por percibir cuál era la naturaleza



Coatlicue, la madre de todos los dioses
(Museo Nacional de Antropología de México)

del supremo dios dual, al que con frecuencia designaba como único dios:

Y se refiere, se dice,
que Quetzalcóatl invocaba
hacia su dios, a alguien que mora
en el interior del cielo,
a La del faldellín de estrellas, a Aquel
[que hace brillar a las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de
[nuestra carne;
La que está vestida de negro, El que
[está vestido de rojo;
La que sostiene a la tierra, El que la
[cubre de algodón.
Y hacia allá dirigía sus voces, así se
sabía:
hacia el lugar de la Dualidad...

Mostrando luego que el sacerdote Quetzalcóatl había derivado su propio nombre del dios *Quetzalcóatl,* símbolo de la sabiduría del supremo principio dual, se afirma en un antiguo himno que los toltecas:

Sólo un dios tenían,
lo tenían por único dios,
lo invocaban, le hacían súplicas,
su nombre era Quetzalcóatl.
El guardián de su dios,
su sacerdote,
su nombre era también Quetzalcóatl...
El les decía, les inculcaba:
Ese dios único.
Quetzalcóatl es su nombre.
Nada exige,
sino serpientes, sino mariposas
que vosotros debéis ofrecerle,
que vosotros debéis sacrificarle.

Refieren los textos indígenas que, en medio del esplendor tolteca, se presentaron un día en Tula tres hechiceros, obradores de portentos. Para algunos, su venida tenía como fin persuadir a Quetzalcóatl de que introdujera el rito de los sacrificios humanos:

Cuando vivió allí Quetzalcóatl,
muchas veces los hechiceros quisieron
[engañarlo,
para que hiciera sacrificios humanos,
para que sacrificara hombres.
Pero él nunca quiso,
porque mucho amaba a su pueblo
que eran los toltecas.
Su sacrificio era sólo
de serpientes, pájaros, mariposas,
que él sacrificaba.
Y se dice, se refiere,
que con esto disgustó a los hechiceros,
de manera que éstos empezaron a es-
[escarnecerlo,
a burlarse de él.
Decían los hechiceros
que querían afligir a Quetzalcóatl,
para que éste al fin se fuera,
como en verdad sucedió.
En el año 1-Caña murió Quetzalcóatl.
Se dice en verdad que se fue a morir
[allá,
a la Tierra del Color Negro y Rojo.

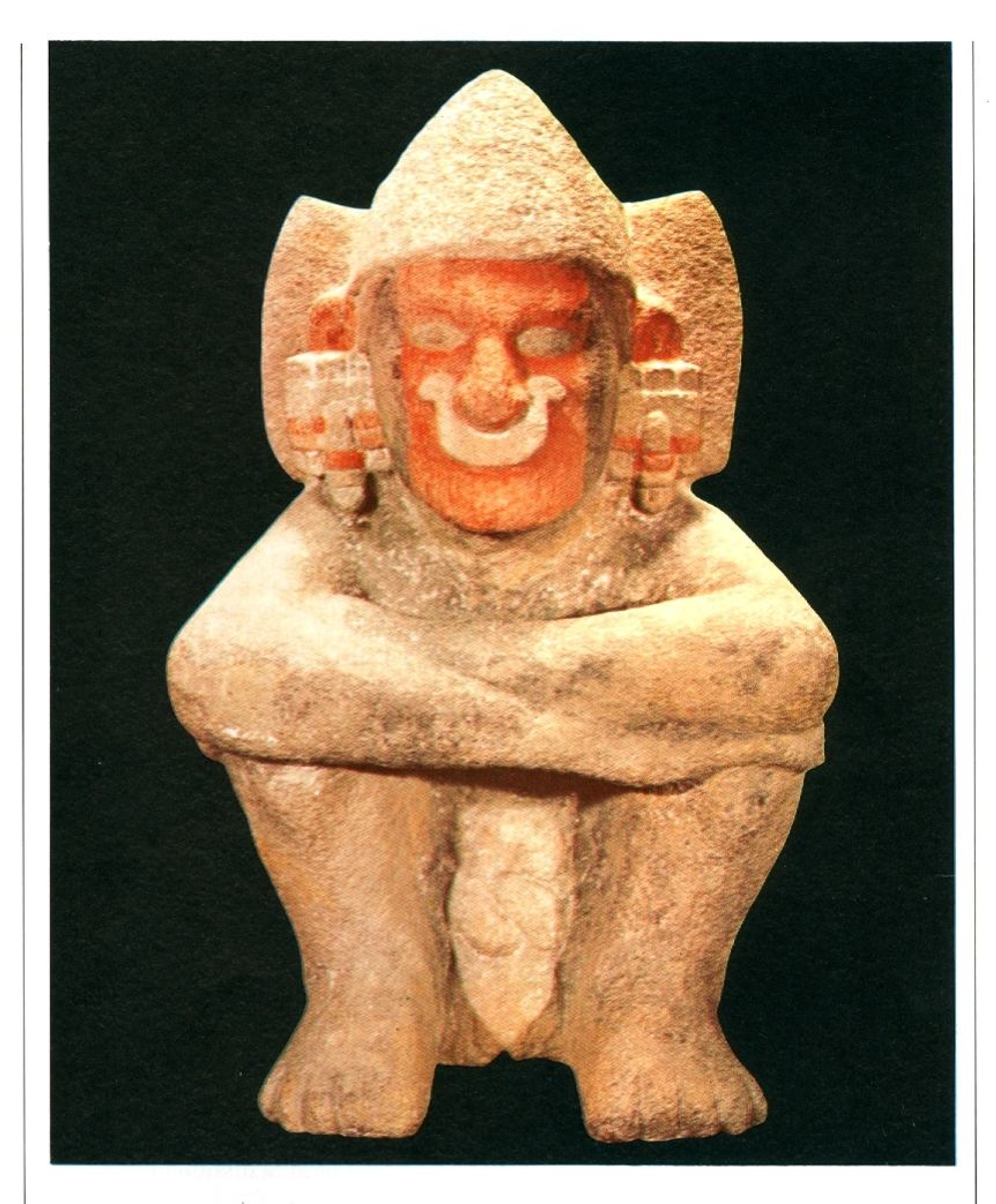
En esa misteriosa Tierra del Color Negro y Rojo, situada hacia el Oriente, por el rumbo de las costas del golfo de México, desapareció Quetzalcóatl. Según una versión, se embarcó en una balsa hecha de serpientes. Según otra, se arrojó en una hoguera inmensa para salir de ella convertido en astro. De cualquier forma, el héroe cultural se apartó en busca de la región de la sabiduría. El dios y el sacerdote, confundidos muchas veces en el pensamiento indígena, siguieron simbolizando en todos los tiempos lo más elevado del espiritualismo en el México anterior a la conquista.

Creencias y ritual aztecas

La versión de la historia azteca, que incluye datos acerca de su religión, se conserva en diversos textos indígenas. En ellos las divinidades netamente aztecas, en particular el antiguo numen tribal *Huitzilopochtli,* se sitúan en un mismo plano con los dioses creadores de las edades o «soles», es decir con *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl.* Pero sobre todo aparece vigoroso el espíritu místico-guerrero del «pueblo del Sol», es decir de *Huitzilopochtli,* que tiene por misión someter a todas las naciones de la tierra para hacer cautivos con cuya sangre habrá de conservarse la vida del Sol.

Un antiguo himno sagrado, en el que se invoca a *Huitzilopochtli,* muestra la importancia que éste había alcanzado entre los dioses venerados en Tenochtitlan. Si su madre *Coatlicue* había quedado identificada como uno de los rostros de la suprema deidad femenina, *Huitzilopochtli* recibía ya las más elevadas formas de culto. Su santuario se situó, con el de *Tláloc,* el Señor de la lluvia, en lo más alto de la pirámide principal, dentro del recinto del que se conoce como Templo mayor.

El himno en honor de *Huitzilopochtli* se entonaba probablemente en forma de diálogo. Al principio un cantor habla, haciendo alusión al joven guerrero que, identificado con el Sol, reco-



Escultura del dios azteca Xiuhtecuhtli, hallada en las ruinas del Templo Mayor de México

rre su camino en los cielos. A él responde, por medio de un coro, el mismo *Huitzilopochtli:* es él quien ha hecho salir al Sol. De nuevo vuelve a hablar la voz de quien dirige el canto para ensalzar al portentoso que habita en la región de las nubes. La parte final es entonada por la comunidad.

—Huitzilopochtli, el joven guerrero,
el que obra arriba, va andando su ca-
[mino.
—«No en vano tomé el rapaje de plu-
[mas amarillas:
porque yo soy el que ha hecho salir al
[Sol.»
—El Portentoso, el que habita en la re-
[gión de nubes:
¡uno es tu pie!
El habitador de la fría región de alas:
¡se abrió tu mano!
—Junto al muro de la región de ardores,

se dieron plumas.
El Sol se difunde,
se dio grito de guerra... ¡Ea, ea, oh, oh!
Mi dios se llama Defensor de hombres...
—Los de Amantla son nuestros enemigos:
¡ven a unirte a mí!
Los de Pipiltlan son nuestros enemigos:
¡ven a unirte a mí!
Con combate se hace la guerra:
¡ven a unirte a mí!

Huitzilopochtli, el Sol, es quien da vida y conserva, alentando la guerra, la quinta edad o sol, es decir, la de los tiempos presentes. Es verdad que, desde antes, los aztecas y otros pueblos de Mesoamérica habían practicado las «guerras floridas», aquellas dirigidas a hacer cautivos cuyo destino era el sacrificio. Sin embargo, cuando los aztecas hicieron suya la idea de que su misión consistía en extender los dominios de *Huitzilopochtli,* para obtener víctimas con cuya sangre debía preservarse la vida del Sol, tal forma de rito se practicó con mayor frecuencia.

Para llevar a cabo los sacrificios de quienes habían sido cautivados en la guerra, habían edificado los aztecas un templo rico y suntuoso en honor de *Huitzilopochtli.* El antiguo calendario, heredado de los tiempos toltecas, regía el ciclo sagrado según el cual se determinaban los sacrificios que se hacían a los dioses durante el año. Quedó establecido así lo que pudiera llamarse «un teatro perpetuo», en el que muchos de los actores, víctimas humanas que representaban el papel de los dioses antes de ser sacrificadas, revivían en los ritos el antiguo prodigio realizado por los dioses, que también murieron y dieron su sangre para hacer posible la vida del Sol y de todo cuanto existe.

La actitud filosófico-religiosa

Los textos indígenas dan también testimonio de otras formas de pensamiento, en cierto modo antagónicas a la actitud guerrera. Fueron algunos príncipes y sabios quienes así empezaron a expresarse. Conociendo sin duda las antiguas tradiciones que se remontaban a los tiempos toltecas y hablaban del supremo Dios dual, Dueño de la cercanía y la proximidad, Dador de la vida, así como los preceptos de elevada moralidad, el repudio de los sacrificios humanos y de la guerra, nació en sus mentes la duda acerca de la concepción místico-guerrera de los aztecas.

Las inquisiciones de estos sabios incluyeron el tema de la divinidad. Conocían el olvido en que había caído la doctrina tolteca acerca del supremo Dios dual, al sustituirse los cultos antiguos por la veneración sangrienta y guerrera del numen azteca *Huitzilopochtli.* Se conservan textos con reflexiones como éstas:

En el interior del cielo tú existes,
allí estás inventando tu discurso...
Tú que eres Dios.
¿Qué es lo que tú allí determinas?
¿Acaso aquí te ha invadido la pereza?
¿Tendrás que ocultar aquí tu gloria y tu fama?
¿Aquí, sobre la tierra,
qué es lo que tú habrás de determinar?

Tales preguntas dejan entrever la duda acerca de la presencia y la acción del Dios dual en la tierra. De modo semejante, en otro lugar se plantean también cuestiones acerca del sitio en que debe buscarse al Dios dual, *Ometéotl:*

¿Adónde iré?
¿Adónde iré?
El camino de Ometéotl, el Dios dual.
¿Acaso es tu casa en el sitio
de los descarnados?
¿En el interior del cielo?
¿O solamente aquí en la
tierra es el sitio de los descarnados?

Poco a poco se fue ampliando lo que hoy llamaríamos *problemática* de estos pensadores. Planteándose el problema del valor del ser humano frente a la divinidad, el sabio Nezahualcóyotl comenzó por reconocer que, al lado del Dueño de la cercanía y la proximidad, nada debe echarse de menos. Pero el tema central de su meditación fue la profundización de la duda: ¿Qué somos los hombres para la divinidad? ¿Qué es la divinidad para los hombres? Veamos el texto mismo:

Tú, Dueño de la cercanía y la proximidad, aquí te damos placer,
junto a ti nada se echa de menos.
¡Oh Dador de la vida!
Sólo como una flor nos estimas,
así nos vamos marchitando, tus amigos.
Como a una esmeralda,
tú nos haces pedazos.
Como a una pintura,
tú así nos borras.
Todos se marchan a la región de los muertos, al lugar común de perdernos.

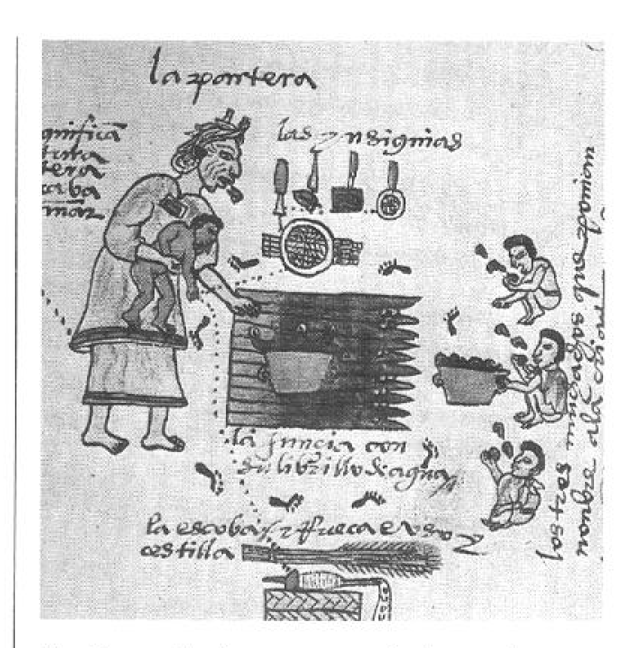
¿Qué somos par ti, oh Dios?
Así vivimos,
así, en el lugar de nuestra pérdida,
así nos vamos perdiendo.
Nosotros los hombres,
¿adónde tendremos que ir?

Otro texto citaremos en el que reaparece la misma idea del posible valor del hombre en este mundo de ensueño:

¿Acaso son verdad los hombres?
Por tanto, ya no es verdad nuestro canto.
¿Qué está por ventura en pie?
¿Qué es lo que viene a salir bien?

Partiendo de la percepción de estos problemas, llegaron los sabios indígenas a estructurar una visión del mundo relacionada con lo que se piensa fue el antiguo pensamiento tolteca. Sin embargo, muy lejos estuvieron de ser meros repetidores. Tratando por cuenta propia no pocos temas y problemas, elaboraron, como lo muestran los textos, una especie de *filosofía náhuatl*.

Su estudio, a través de las fuentes prehispánicas, permite descubrir un dramático conflicto interior en el pensamiento y la religión indígenas de los siglos XV y XVI. El moderno investigador tiene ahora que preguntarse: ¿hasta qué punto llegaba esa divergencia respecto de la visión místico-guerrera? ¿Era posible y probable que los sabios, renovadores del antiguo pensamiento tolteca, llegaran a ejercer influencia preponderante en el sacerdocio y en el pueblo aztecas?



Bautismo ritual, una ceremonia frecuente en el mundo azteca

La conquista española interrumpió el desarrollo de estas expresiones de elevada cultura intelectual. Hoy nos resulta imposible formular una respuesta sobre lo que podría haber sido el desenlace de este antagonismo vigente en los siglos XV y XVI. Desaparecidos los sabios y los sacerdotes prehispánicos, lo que sobrevivió durante los tiempos de la Colonia fueron sólo vestigios, en buena parte incoherentes, de la religiosidad del México antiguo. Aún ahora subsisten, en comunidades indígenas apartadas, algunas reliquias de sus ritos y creencias en mezcla confusa con ideas y prácticas cristianas.

Bibliografía

Bauchot, *Las letras precolombinas,* México, Siglo XXI, 1976. Baudez, E., *América Central,* volumen II de *Archaelogia Mundi,* Barcelona, Juventud, 1976. Disselhof, H. D., *Las grandes civilizaciones de la América Antigua,* Barcelona, Destino, 1965. Gendrop, P., *Arte precolombino de México,* Barcelona, Salvat, 1983. Grupo Sala Abierta, *Culturas indígenas americanas,* Barcelona, Salvat, 1981. Haberland, *Culturas de la América indígena. Mesoamérica y América Central,* México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Krikberg, W., *Las antiguas culturas mexicanas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980. Krikberg, W., *Mitos y leyendas de los aztecas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1971. León Portilla, M., *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980. Llopis, J. J., *Aztecas, mayas e incas,* México, Daimón, 1980. Palerm, A., y Gussinyer, J., *Civilizaciones y culturas de Mesoamérica,* Barcelona, Salvat, 1980. Pericot, L., *Las altas culturas centroamericanas,* Barcelona, Salvat, 1972. Séjourné, L., *América Latina. Las antiguas culturas precolombinas,* Madrid, Siglo XXI, 1985. Soustelle, J., *Arte del México Antiguo,* Barcelona, Juventud, 1969. *Summa Artis,* volumen X, *América precolombina,* Madrid, Espasa Calpe, 1946. Vaillant, G. C., *La civilización azteca. Orígenes, grandeza y decadencia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1979. Vicens Vives, J., y otros, *América precolombina,* en volumen I de *Historia de España y América social y económica,* Barcelona, Vicens Vives, 1974.

La distancia de detención, o distancia de parada técnica, es la distancia o espacio que recorrerá un vehículo desde el momento que el conductor se apercibe de que debe frenar, hasta el momento en el que el vehículo se detiene totalmente.

Si analizamos esto, veremos que existen o se dan dos "momentos" claramente diferenciados que conviene conocer. Uno es el Tiempo de Reacción (TR), y el otro es la Distancia de Frenado (DF).

El primero, Tiempo de Reacción, es el tiempo que transcurre desde que el conductor se apercibe de que debe frenar (bien porque vea un peligro, o porque una señal de tráfico o un agente ordenan parar, etc.) hasta el momento que actúa el freno. Durante este tiempo, el vehículo habrá recorrido una distancia que será mayor o menor, dependiendo de la velocidad a la que se circule y de la capacidad de reacción del conductor.

En el tiempo de reacción sólo influyen, como decíamos antes, la velocidad y la capacidad de reacción del conductor, sin que cuente para nada ni el estado de la vía ni el estado del vehículo. El tiempo de reacción de un conductor "normal" se calcula alrededor de un segundo. Este tiempo aumentará considerablemente si las condiciones psicofísicas del conductor están alteradas por la fatiga, sueño, alcoholemia, medicamentos, drogas o estupefacientes, etc.



Dirección Gral. de Tráfico

Ministerio de Justicia e Interior

